



Por Wilfredo Mayorga

Antonio Acevedo Hernández, Dramaturgo de Chile

"Folklorista, es decir, buceador de raigambres históricas; dramaturgo, es decir, movilizador de pasiones humanas; romántico, es decir, paciente de emociones; popular, es decir, solidarizado con los humildes. Sin embargo, no se advierte entre tales caracteres una tonalidad que es la más característica del escritor popular de nuestros días: la tónica revolucionaria. Es que Acevedo Hernández es cantor de los pobres, no de los proletarios".

Así estampaba Luis Alberto Sánchez la imagen del dramaturgo en el prólogo a "CHANARCILLO" publicada por el Suplemento "Excelsior" de la Editorial Ercilla el año 1936.

Hay algo de razón en las frases del escritor peruano, pero olvida que las raíces anarquistas de Antonio Acevedo y su formación en la pampa salitrera tuvieron su origen en más de un acto de rebeldía, que la conciencia romántica del anarquismo sólo encaminaba hacia la denuncia y la protesta.

La gran fuerza que da actualidad a Antonio Acevedo está fundamentada en su conciencia de dramaturgo con deberes, que muestra la realidad que vio y ha vivido, donde los personajes hablan su propio lenguaje y descubren sus pasiones sin escondrijo. Lo hacen en el hablar del

pueblo, con las ideas del pueblo y en los lugares donde trabaja y vive el pueblo. Por esto, fundamentalmente Antonio Acevedo es un dramaturgo de amplio y profundo lenguaje folklórico, el que surge vivo de la acción dramática, real y lugareña, generada en lo más hondo de las almas de las gentes y su manera vernácula de decir. Allí está la esencia de la vida emocional del pueblo, en la continuidad de sus actos mágicos que subsisten por tradición oral, cuya psicología, hábitos y costumbres que los forman son de origen legendario y desconocido.

Hay una verdad actual que rige la dramaturgia de Antonio Acevedo. El autor va inmerso en las acciones de sus personajes como una parte del andar donde él puede ser el carretero que guía la carreta en que van los desamparados de "ALMAS PERDIDAS"; el patriarca de "ARBOL VIEJO" y su anhelo de ser útil más allá de la muerte; los que ganan o pierden con la ambición a cuestras, en "CHANARCILLO" y en "JOAQUIN MURIETA" o aquellos que sobrellevan la idea de la eternidad, en sus dramas bíblicos: "CAIN" y "LA CORTESANA DEL TEMPLO".

Estas son las obras madres de tantas otras que el dramaturgo escribió y fueron representadas.

El hombre —Antonio Acevedo Hernández— fue la presencia activa de sus ideas: rebeldes, veraz, amigo, valiente y alguna vez temerario, creaba ambientes en su contra como todo ser digno que no tiene un sí comprometido y sabe decir NO a los que disfrutaban del halago con la hipocresía de falsos moralistas.

Tenía de la muerte la misma idea de su personaje de "ARBOL VIEJO", don Juan de la Cruz Pizarro: "seré como ese árbol que ha juntao las dos orillas de la quebrá y ha llenao de regocijo a la gente moza".

En sus obras late este pensamiento como una metafísica de la muerte y encierra un llamado que lo oye y lo medita la juventud de estos días que admira y estudia al primer dramaturgo de nuestra tierra.

Por sobre la irrespetuosidad que se ha tenido aquí por nuestro dramaturgo, críticos ingleses, alemanes y mexicanos lo ubican como "una de las más grandes figuras del teatro contemporáneo" y más de un análisis en doctorados sobre literatura dramática encuentran en sus obras los raciocinios de la filosofía existencial contemporánea.

Fue un domingo de diciembre cuando desde la Sociedad de Escritores se le llevó al cementerio. Pocas veces tantos asistieron al funeral de un escritor. Hace dieciocho años. Recordarlo es traer al Gran Viejo a conversar un momento con nosotros.

S
N
E
A
S
R
E
O
E
Z
E
L
A
P
O
E
S
N
D
E
Y



veamos molinos. Stgo.
20-XII-1980. P. 46